la noche, dos hombres se presentaron en una de las grandes puertas del Palacio real.

Sus fachas de bandidos parecian tanto más heteróclitas, cuanto ellos tenian la pretension evidente de imitar los grandes señores. Estaban grotescamente vestidos de espolios de gentileshombres, vendidos por sus lacayos y comprados por los revendedores merced á algunos escudos.

El portero, al cual se dirigieron, les hubiera despedido, sin duda, pero ellos estaban provistos de un pasaporte del Marqués de Thianges.

Este pasaporte ahuyentaba toda cuestion. El portero los presentó á un criado, que tratándolos desdeñosamente, los introdujo en un pequeño salon de espera, donde les dejó para ir á prevenir al capitan de guardias.

Estos dos hombres eran el Lince y su digno acólito Cupido, con el que hacía poco tiempo que habia contraido una estrecha amistad.

El Lince y Cupido parecian inseparables. No se e veia al uno, sin estar al lado del otro.

Habiendo Cupido manifestado el deseo de conocer el interior del Palacio real, el Lince se habia apresurado á responderle:

—Ven conmigo, querido compañero; el pasaporte servirá para los dos.....

M. de Thianges, ya advertido, se hizo anunciar para el Regente.

—Monseñor,—le dijo;—el hombre que esperamos, ese Santiago D'Aubry que fuimos á buscar hace ocho dias á la taberna del Cisne de la Cruz, acaba de llegar á Palacio con uno de sus compañeros. Voy á hablarle. ¿Vuestra Alteza quiere asistir á la entrevista?

—Sí, lo quiero,—exclamó Felipe;—deseo saber si Dios me permitirá al fin expiar mi falta, enmendar mi crímen, anegando en felicidad á la hija de aquella que, viva, no me perdonó nunca. Muerta, ella me perdonará viendo a su hija dichosa..... Vamos, Marqués, vamos presto.

Al acompañar á su dueño á través de la galería y los corredores del Palacio, M. de Thianges se decia:

—¡Ah, Felipe, Felipe, como se te conoce mal! Bajo esa frivolidad, bajo esa aparente indiferencia que se puede llamar debilidad. ¡Asi ocultas un corazon que ninguno comprende! Lo que te hace falta es la fuerza. Si tuvieras fuerza, serias más grande, porque eres bueno.....

Unámonos al Lince y Cupido en el salon de espera, donde el criado les habia dejado.

Durante algunos segundos, ellos quedaron deslumbrados ante la magnificencia de los muebles, la belleza de los espejos, el brillo de los dorados, é instintivamente, arrastrados por el hábito, ellos buscaban á darse cuenta, si entre tantas riquezas no habia nada de portátil, y por consecuencia, fácil de robar. Por desgracia, los objetos voluminosos y pesados, desafiaban cualquiera tentativa. Les fué, por tanto, ineludible renunciar al botin, y Cupido, amigo de las artes, fué á situarse como inteligente delante de un cuadro de Coigpol, representando una Erigona ébria ya, y estrujando racimos de uvas color púrpura contra su pecho cincelado en pleno mármol rosa.

—¡Cuernos del diablo!—exclamó él—¡qué bella criatura! Por lo ménos es Venus en persona..... Con mejor gusto vería yo á esta en mi Louvre, que á una docena de soldados de la ronda.....

—Medita tus espresiones, hijo mio.—replicó el Lince—¡Que no es bueno hablar de ronda bajo estos techos dorados! Estamos aquí en un palacio, y es bueno adoptar estilo y lenguaje de los grandes señores.

Pocos minutos despues, Felipe de Orleans entró en la sala de espera seguido de su capitan de guardias.

El Lince y Cupido saltaron de los asientos que tenian ya ocupados, plegándose al punto hasta describir un ángulo agudo con sus espinas dorsales.

—Preguntadle,—dijo en voz baja el Rejente á M. de Thianges.

—¡Y bien! Santiago D'Aubry,—preguntó el Marqués—la esperanza de la recompensa prometida ha estimulado vuestro celo y actividad? ¿Traéis la noticia esperada? ¿Habéis hallado á la señorita de Saint-Gildas?

—Todavía no, señor Marqués.—respondió el Lince.

Una decepcion dolorosa se dibujó sobre el rostro del Rejente.

—Sin embargo, hace ocho dias demostrábais una seguridad á toda prueba. Lo imposible parecia no existir para vos. ¿á qué tantas seguridades y promesas?

—De ningun modo, señor Marqués.

—¿Pues Cómo?

—Yo he hecho cuanto es posible hacer.

—Hemos hecho.....—interrumpió Cupido interviniendo en el diálogo.

—Y, á pesar de todo, nada habeis hallado?

—No he dicho eso.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Felipe.

—Explicaos,—exclamó M. de Thianges—¿Qué sabeis? ¿Qué habeis descubierto?

—Una cosa de gran importancia, que nos ha costado muchos pasos, muchas idas y venidas, y mucho dinero.

—¡Ah, sí,—suspiró Cupido-mucho dinero.....

—Nosotros sabemos,—continuó el Lince,—que el mismo dia despues de la muerte de la Condesa de Saint-Gildas, su hija dejando la Varenne ha llegado á París, pero esta no ha hecho más que atravesar la ciudad, y partió el mismo dia por el coche de Orleans.

—¿Y despues?

—Hasta el presente, hé aquí todo.

—¡Bien poca cosa!

—Es enorme, señor Marqués. Desde luego esto nos dá la prueba de que dicha jóven está viva. No se emprende un viaje cuando uno ya está muerto y, es más, este descubrimiento nos pone en las manos uno de los cabos del hilo conductor.....

—Sería preciso seguirle..... sería preciso partir al punto para Orleans.

—En primer lugar,—repuso el Lince—ayer solamente nuestros esfuerzos fueron coronados por el éxito, pues el tiempo nos faltó para continuar. En seguida, y una vez en Orleans, sería preciso volver á empezar lo que acabamos de ejecutar en París, á saber, inter-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00006AD700000000